

EL ULTIMO DIA DE POLONIA.

DRAMA HISTÓRICO, ORIJINAL, EN CUATRO ACTOS I OCHO CUADROS.

(Continuacion.)

ACTO III.

CUADRO SESTO.

EL TORREON DE WOLA.

La plataforma del torreon de Wola, en el convento de San Anselmo.—Al fondo, una campiña lejana. Un parapeto atraviesa la escena.—A la derecha, torre i puerta practicable; una capilla en primer término. A la izquierda, puerta que conduce al convento.—Es de noche.

ESCENA I.

MANZOUR, PETROUCHKA.

(Al levantarse el telon, Manzour está de faccion en la puerta de la torre i Petrouchka, apoyado en el parapeto, mirando hácia afuera.)

MANZOUR. ¡Hola! Petrouchka ¿qué haces ahí? pareces una estatua. Cualquiera al verte tan ensimismado i en tan absorta contemplacion, diria que estás poetizando, como si la luna brillara en el cielo o la noche estuviese mui serena.

PETROU. ¡Qué luna, ni qué poesía! Lo que miro i contemplo es aquella luz azuleja que brilla en las aguas del Vístula.

MANZOUR. ¿Una luz?

PETROU. Acércate i verás. (*Manzour se dirige al lado de Petrouchka.*)

MANZOUR. (*Mirando a un lado distinto.*) Nada veo.

PETROU. ¡Imbécil! hácia aquel lado nó, mira hácia la otra ribera, allá, por el lado de Orune.

MANZOUR. En efecto. I esa luz ¿qué significa?

PETROU. Lo mismo digo yo ¿qué significa?

MANZOUR. ¿I hace mucho rato que la has visto?

PETROU. Precisamente el tiempo que he permanecido cerca de este parapeto. Apénas dieron las once en el reloj de la torre ¡zas! brilló la luz i ahí ha quedado.

MANZOUR. ¿I cómo no me habias dicho nada?

PETROU. ¿Acaso hemos avanzado algo con que tú la hayas visto?

MANZOUR. Tienes razon; pero, en fin, nos habríamos comunicado nuestras dudas, i quién sabe si

PETROU. ¿Qué?

MANZOUR. Habríamos adivinado la causa de esa luz.

PETROU. Eso lo dificulto. Vamos a ver ¿qué piensas tú que sea?

MANZOUR. Yo creo será quizás una señal.

PETROU. ¿Una señal? No dices mal. En efecto, talvez sea algun cuerpo de polacos que está ahí apostado. Bueno seria dar parte al capitan Rauntentfeld.

MANZOUR. ¿I si son pescadores?

PETROU. ¡Linda está la noche para pescar! ¿No oyes cómo silba el viento norte en el valle del Vístula? Las aguas del rio están sumamente ajitadas, i, luego, las tinieblas son tan densas, que dudo haya pescado que quiera morder el anzuelo, ni mucho ménos pescador que se atreva a armar su caña o a tender sus redes.

MANZOUR. Sea como sea, pero lo cierto es que el capitan no está ahora en la fortaleza.

PETROU. ¿Cómo así?

MANZOUR. Al anochecer ha sido llamado a palacio.

PETROU. ¿I con qué objeto?

MANZOUR. Parece que el negro Tchitchikoff, el carcelero de nuestro prisionero, ha desaparecido.

PETROU. ¿Qué me cuentas?

MANZOUR. Lo que oyes; i lo peor del caso es que era portador de una correspondencia importantísima.

PETROU. ¡San Nicolas! pues, entónces, a nuestros puestos i en guardia.

MANZOUR. ¿Has cebado la cazoleta de tu fusil?

PETROU. Pues es claro, i no solo eso, sino que he doblado la carga. Al primer grito de alarma: ojo al avante i ¡fuego!

MANZOUR. ¿I tu bayoneta?

PETROU. Está mas afilada que una aguja. (*Escuchando.*) ¡Chit! ¿no sientes?

MANZOUR. ¿Qué?

PETROU. Parece que se oyen pasos por la escalera de caracol que conduce al convento. (*Acercándose a la puerta de la izquierda.*)

MANZOUR. Te engañas, es el ruido que forma el agua al azotarse contra el muro.

PETROU. Te digo que nó. (*Escuchando.*) Los pasos son mas perceptibles; álguien se acerca.

MANZOUR. En efecto, se divisa una vislumbre por las rendijas de esa puerta; puede que sea la ronda.

PETROU. ¡La ronda! Pero si apénas hace una hora que estamos de faccion.

MANZOUR. Es cierto. Entónces será algun fraile.

PETROU. ¡Un fraile!

MANZOUR. Sí. Has de saber, Petrouchka, que en esa capilla, los santos monjes del convento, guardan i veneran algunas reliquias de San Anselmo, su santo patron.

PETROU. ¿Patron de las reliquias?

MANZOUR. Nó, hombre, del convento.

PETROU. ¡Ah! ¿i despues?

MANZOUR. ¿I despues? que ellos tienen no sé si la costumbre o la devocion de enviar un hermano

PETROU. ¿Del santo?

MANZOUR. ¡Nó, bestia! Quiero decir, algun monje o lego que vaya a velar durante la media noche las milagrosas reliquias.

PETROU. ¡Ai!

MANZOUR. ¿Qué?

PETROU. Me parece sentir olor a muerto.

MANZOUR. ¿Estás en tu juicio?

PETROU. Pero ¿no dices que en esa capilla?

ANJELO. (*Dentro.*) *Kyrie, eleyson; Christe, eleyson; Kyrie, eleyson.*

MANZOUR, PETROU. (*Retrocediendo i preparando sus fusiles.*) ¿Quién vive?

PETROU. (*Temblando.*) Tengo miedo.

MANZOUR. ¡Cobarde!

PETROU. Sí ¿i el difunto de la capilla?

ANJELO. (*Dentro.*) *Christe, eleyson; Kyrie eleyson; Christe, eleyson.*

MANZOUR, PETROU. (*Dando un paso atras.*) ¿Quién vive?

PETROU. Sabes que yo creo que la pólvora está húmeda i que no podremos hacer fuego?

MANZOUR. ¡Calla, animal!

PETROU. Parece que me tiraran por detras, estoi temblando.

MANZOUR. ¡Silencio, o te deshago la cabeza contra el muro!

PETROU. Pero ¿i el difunto?

ESCENA II.

DICHOS, ANJELO, (que aparece en la puerta de la izquierda con la capucha calada i una linterna en la mano.)

MANZOUR, PETROU. (Haciendo el punto a la vez.) ¿Quién vive?

ANJELO. *Pax vobiscum!* Soi yo, hermanos, soi yo, frai Anjelo, el leguito del convento; yo, el portero de San Anselmo.

MANZOUR. (Bajando su fusil: a Petrouchka.) ¿No te decia?

PETROU. (Aparte.) Respiro.

ANJELO. (Tiritando.) ¡Brrrr! ¡qué frio, qué frio hace en esta plataforma! ¡Uf! ¡qué noche, Santo Dios! ¡Cómo silba el viento! (Deja la linterna en el suelo.)

MANZOUR. Parece que quisiera arrancar de raiz las viejas encinas i tronchar los abetos i los robles.

PETROU. (Embobado.) Los abetos i los robles. (Relámpago.) ¡Misericordia!

MANZOUR. ¡Relámpagos!

ANJELO. ¡ luego vendrán los truenos; es una tempestad deshecha.

PETROU. Bien decia yo que la noche iba a ser borrascosa. (Trueno.) ¡San Nicolas!

ANJELO. Lo cierto es que cuando el viento brama en la llanura i el frio penetra hasta los huesos, no sé por qué se aprieta el estómago i se seca el paladar.

MANZOUR. ¡A fé mia que teneis mil veces razon, hermano Anjelo! Lo que es yo, siento una aridez de garganta. . . . Daria lo que no tengo por un vaso de kirchwasser.

PETROU. ¡Un vaso de kirchwasser! ¡Oh! si ya me parece que estoi en la taberna del "Halcon negro." ¿Te acuerdas, Manzour, de aquel dia en que destapamos el último par de botellas?

MANZOUR. ¡Vaya si me acuerdo! La leña chisporroteaba en el fogon, i un pernil de cordero, mas sazonado i sabroso que un beso de la linda Katty. . . .

ANJELO. ¿La linda Katty?

PETROU. Es la muchacha mas zalamera i hermosa en diez leguas a la redonda.

ANJELO. (Aparte.) ¡San Anselmo me favorezca!

MANZOUR. Apostaria que si frai Anjelo la viese con su corpiño rojo i su vestidito de lana i con sus mediecitas tan albas, i luego con aquellas trenzas de oro i aquellos ojitos de cielo ¡ajajá! que el corazon le habia de repiquetear.

ANJELO. (Aparte.) ¡La linda Katty! ¡Jesus! estos demonios me van a chamuscar.

PETROU. ¡I vaya que tiene una boquita, i unos labios de coral!

MANZOUR. ¡ un talle, i un pié tan mono i tan lindo que. . . .

ANJELO. (*Aparte.*) ¡Lá, lá, lá, lá! la cosa va mal.

PETROU. I luego aquel modito de andar....

MANZOUR. I aquella garganta i unos brazos tan torneados i tan....

ANJELO. (*Aparte.*) ¡San Anselmo, patron mio San Anselmo! esa Katty me va a hacer estallar.

PETROU. I luego aquel encanto secreto i aquel misterioso no sé qué....

MANZOUR. ¡Chiton! que el padrecito se va a escandalizar.

ANJELO. ¡Eh? no haya temor, hermanos, que soi hombre de coraje i de guerra. (*Aparte.*) ¡Satanas! yo los he de estrangular.

PETROU. I estarla mirando i, luego:—¡A tu salud, Katty del alma!—I sentir como una mano aterciopeloda, blanca, pequeñita.... (*Truenos, relámpagos.*)

MANZOUR. (*Tapándole la boca.*) ¡Chiton! te he dicho, Petrouchka. Escucha como arrecia la tempestad.

PETROU. Si parece que quisiera arrancar de sus cimientos el torreón.

ANJELO. I ¿qué diriais si yo ahora os presentase una botellita así, redonda, repleta, cristalina....

MANZOUR, PETROU. (*Acercándose.*) ¿Hein?

ANJELO. I llena hasta el gollete de fragante i riquísimo vino del Rhin.

PETROU. ¡Por San Nicolas, que la tentacion es fuerte!

ANJELO. De un licor tan puro i tan lejítimo, como no lo hallarais ni parecido en la taberna de la linda Katty.

MANZOUR. Me haceis soñar con el paraiso.

PETROU. I a mí con las bodegas del “Halcon negro.”

ANJELO. (*Sacando de la manga de su hábito, una gran botella.*) Pues, aquí está la cosa, hermanos. (*Acercando la botella a la linterna.*) Mirad qué color tan lindo, hasta la misma púrpura lo envidiaria.

MANZOUR. (*Dejando su fusil a un lado.*) ¡Oh, delicia!

PETROU. Siento por todo el cuerpo una comezon i unas cosquillas.... (*Riendo.*) ¡Jé, jé, jé, jé!

ANJELO. Es un contrabando de guerra; es una pesca que hoi he hecho en la alacena del padre guardian. Os puedo asegurar que el contenido es de lo sabroso i de lo rico. Ya vereis si esto conforta i entona. A tí primero el honor, Manzour. (*Pasa la botella a Manzour que bebe repetidos tragos.*)

PETROU. A mí, ahora. (*Bebe.*)

MANZOUR. ¡Divino!

ANJELO. (*A Manzour.*) Vamos por turno: yo despues i tú, en seguida.

PETROU. ¡Jeneroso como el que mas!

MANZOUR. (*Quitando la botella a Anjelo.*) Hermano, vos no tenéis necesidad. (*Bebe.*)

ANJELO. Para todos alcanzará.

PETROU. ¡Aprieta! Manzour, de un trago te soplas media botella. (*Se la empina.*)

ANJELO. ¿I yo, i yo? (*Tomando la botella que le quita Manzour.*)

MANZOUR. Dejad, hermano. (*Bebe.*)

PETROU. Venga a mí, de nuevo, el Rhin. (*La estruja i se la pasa a Anjelo.*) I ahora, a vos.

ANJELO. (*Mirando la botella.*) ¡Qué bárbaros, si ya habeis vaciado la botella!

MANZOUR, PETROU. (*Riendo.*) Já, já, já.

ANJELO. Probaré, aunque mas no sea, dos gotas. (*Alza la botella.*) *Vinum Rhéni gaudeat ventris hominum.*

MANZOUR. ¡Eh! ¿qué es esto? en vez de calentar ese vino me ha dado mas frio.

ANJELO. (*Aparte.*) Ya era tiempo ¡vive Dios!

PETROU. ¡Es singular! a mí tambien me sucede lo mismo. Se me están helando las piernas, los brazos, el estómago, solo la cabeza me arde.

ANJELO. Eso siempre sucede cuando se bebe de ese vino fuera de la taberna de la linda Katty. Pero, me habeis hecho perder, por lo ménos, media hora de oracion. Voi a velar las reliquias de mi santo patrono. Buenas noches, Manzour; hasta mañana, Petrouchka. (*Tomando la linterna i entrando en la capilla; aparte.*) El brebaje comienza a producir su efecto.

ESCENA III.

MANZOUR, PETROUCHKA.

MANZOUR. ¡Canario! parece que le hubieran dado cuerda al torreon: todo da vueltas.

PETROU. I yo principio a ver candelillas por todas partes.

MANZOUR. (*Restregándose los ojos.*) Los ojos se me cierran.

PETROU. Yo tampoco los puedo abrir.

MANZOUR. Como que me quiere dar un vahido: la cabeza se me va.

PETROU. I a mí, ya se me fué. No sé dónde estoi.

MANZOUR. Todo lo veo azul oscuro.

PETROU. I yo negro, negro como la tinta.

MANZOUR. Parece que me suspenden en el aire.

PETROU. I a mí, que me sumerjen, me sumerjen a lo profundo.

MANZOUR. En vano es que trato de caminar.

PETROU. Alguien, sin duda, me tiene agarrado de las piernas.

MANZOUR. Los oidos me zumban.

PETROU. A mí me campanillean.

MANZOUR. ¡Ai!

PETROU. ¡Oh!

MANZOUR. Parece que me arrancáran a pedazos el cerebro.

PETROU. ¡Yo siento como si me clavasen agujas en el cráneo.

MANZOUR. (*Apretándose el estómago.*) ¡Ai!

PETROU. ¡Oh!

MANZOUR. ¿Sabes?

PETROU. ¿Qué?

MANZOUR. Yo creo que estamos envenenados.

PETROU. ¡Qué horror! . . . ¡envenenados!

MANZOUR. Sí, envenenados: las entrañas me quemán.

PETROU. A mí me hierven como en un caldero.

MANZOUR. (*Dando traspiés.*) Mira, mira, Petrouchka; acércate, ahí está. . . . ¿no la ves? . . . Sus ojos brillan como el carbunco; ya se va, se vuelve a acercar. . . .; me llama; se aleja otra vez. . . . (*Con misterio.*) Es ella, la preciosa Katty, la niña de las trenzas de oro i de la boquita de rosa.

PETROU. (*Dando traspiés i riendo.*) Já, já, já, Katty del alma mia, dame otro abrazo. ¿No quieres? . . . (*Buscando a Manzour.*) ¿Dónde te has ido, Manzour? (*Riendo.*) Já, já, já, por aquí, ojitos de cielo; despacito, despacito. . . . Venga otra jarra de kirchwasser; mas aun; brindemos; salten los tapones; corra el vino; llénense las ánforas. ¡Hola! acá ese tonel, acá te digo, acá. (*Cae al suelo.*)

MANZOUR. ¿Te vas i me dejas? . . . pero, si soi yo, Manzour, el valiente Manzour; Petrouchka es un cobarde. . . . Katty, mi linda Katty, mi preciosa Katty, mi ángel. . . . mi. . . . mi. . . . (*Cae.*)

PETROU. (*Dando un profundo suspiro.*) ¡Ai! yo reviento.

MANZOUR. ¡Oh! yo muero. (*Momento de silencio. Relámpagos, truenos.*)

ESCENA IV.

ANJELO (*Solo.*)

ANJELO. (*Asomándose i luego saliendo poco a poco; trae la linterna.*) ¡Eh! parece que el consabido del Rhin ha producido su efecto. No se oye sino el ruido de la tempestad. De seguro que el narcótico ha sido eficacísimo. (*Acercándose al parapeto.*) ¡Qué veo! . . . ¡la señal convenida! . . . Pronto, pronto, hagámosle saber a nuestros amigos que ya pueden venir. (*Coloca la linterna sobre el parapeto.*) *Gaudeamus!* la luz se mueve. No hai duda, me han comprendido. (*Quita la linterna i luego la vuelve a poner.*) Volvámosla a colocar i, van dos. La lucecita se vuelve a ajitar. (*Quita la linterna i luego la pone otra vez.*) ¡Esta es la tercera i última vez. Ya está, la luz ha desaparecido. (*Quita la linterna i la coloca en el suelo.*) Ahora, la escalera de cuerdas. (*Entra en la capilla i*

sale al instante con una larga escalera de cuerdas.) Lo primero será asegurar los cabos. ¡Soberbio! i, ahora, como que no quiere la cosa, quitemos la carga a los fusiles, no sea que.... (*Toma el fusil de Petrouchka.*) Comencemos por el pedernal; esto, por prudencia. (*Mete la baqueta en el cañon i principia a sacar la carga.*) ¡Voto a!.... este demonio de Petrouchka habia puesto doble carga a su fusil. Pues, señor, mejor estarán las balas en el bolsillo que en mi pellejo. (*Saca la carga al fusil de Manzour.*) ¡I qué diria la linda Katty si nos viese en tales aprietos! (*Riendo.*) Já, já, já, i el mui tuno de Petrouchka que decia que, en diez leguas a la redonda, no habia muchacha mas zalamera i con un talle mas esbelto ¡voto a!.... (*Relámpagos, truenos; dan las doce.*) ¡Media noche!.... veamos si.... (*Se acerca al parapeto.*) *Te Deum!* ahí está la luz al pié del torreón; ya desaparece.... Estoy sobre ascuas; un sudor frio corre por todo mi cuerpo. ¡Ah! la luz ha vuelto a brillar, aquí, en la misma escalera.... Las cuerdas se han puesto tirantes; alguien sube.... yo voi a desmayarme.

ESCENA V.

ANJELO, KOSCIUSKO, EDGARDO.

KOSCIUS. (*Salta por sobre el parapeto; viene embozado en una capa.*) ¡Por fin!.... venga un abrazo. (*Abraza a Anjelo.*) ¡I los guardias?

ANJELO. Miradlos, están profundamente dormidos; no despertarán hasta mañana. Os dije que esto corria de mi cuenta: los he narcotizado.

KOSCIUS. ¡Vive Dios, que eres un héroe!

EDGAR. No hai un instante que perder: las doce han dado; la ronda no tardará en venir. Vamos, al torreón.

KOSCIUS. El cielo nos proteja. (*A Anjelo.*) Trae la linterna.

EDGAR. (*Sacando el manajo de llaves de Tchitchikoff.*) Aquí están las llaves.

KOSCIUS. Probemos en la cerradura. Esta quizás.... nada, no da vueltas. Veamos si esta otra.... ¡Maldicion! tampoco. A ver si esta otra....

EDGAR. ¡Victoria! ya jira.... ¡esa es! (*La puerta se abre.*) Gracias, Dios mio, gracias.

KOSCIUS. Anjelo, quédate aquí, nosotros entraremos. Al menor rumor ¡Polonia! grita, será la señal de alarma. (*Entra en la torre seguido de Edgardo que lleva la linterna.*)

ESCENA VI.

ANJELO (*Solo.*)

ANJELO. Id con Dios. (*Relámpagos, truenos.*) Patron mio San Anselmo, sácanos con bien de este apuro que yo te prometo rezar un novenario entero. Item mas te ofrezco diez cirios tan gruesos como un arcabuz, amen de otras tantas disciplinas i ayunos por añadidura. Parece que siento pasos. (*Acercándose a la izquierda.*) Nada, es el viento. San Anselmo, San Anselmo, cien ramos de flores adornarán tu altar i cien repiques herirán los aires el dia de tu festividad. (*Relámpagos, truenos.*) ¡Me impaciento! ¡cuánto tardan! San Anselmo, que al concluir no se nos eche todo a perder i te juro, patron mio, que tuyas serán las flores, tuyos los repiques, tuyos tambien los cirios, i tuyos los ayunos, i tuyas las disciplinas.

ESCENA VII.

MARÍA, MARGARITA, HUBERTO, KOSCIUSKO, EDGARDO, ANJELO.

KOSCIUS. (*Conduciendo a Huberto que viene con los ojos vendados.*) Venid, venid; os digo que una barca os espera. Volvereis a respirar el aire puro de la libertad.

HUBER. ¿Quién habla, quién habla de libertad? . . . ¿quién ha pronunciado tan dulce nombre?

MARÍA. Es Kosciusko que acaba de romper los hierros de nuestra prision.

HUBER. ¡Kosciusko!

MARG. Sí, padre mio i tambien Edgardo.

HUBER. ¡Edgardo!

KOSCIUS. ¡Qué! ¿acaso no nos reconoceis?

EDGAR. ¡Dios! . . . ¡ese vendaje! . . . ¡esa sangre!

MARG. ¡Ah! Edgardo, mi pobre padre está ciego; le han arrancado los ojos.

EDGAR. ¡Ciego!

KOSCIUS. ¡Infames! ¡infames!

MARÍA. Sí, ellos no han tenido compasion: ni mis lágrimas, ni las súplicas de mi hija han podido ablandar esos corazones de roca.

KOSCIUS. ¡Ah! Repnin, Repnin, esto clama al cielo.

MARG. ¡Padre mio!

HUBER. ¿Dónde estás Margarita? . . . Dame tu mano, no te separes de mi lado. María, ven, aquí, cerca de mí. Es preciso que yo

sepa que me mirais, que no os habeis ido, porque cuando no oigo vuestra voz o no siento que estais junto a mí, se apodera de mi alma una tristeza i un desconsuelo peor que la misma muerte.

MARÍA. ¡Huberto!

MARG. (*Sollozando.*) ¡Padre!

KOSCIUS. ¡Hasta cuando, Señor, hasta cuando la sangre inocente i pura ha de correr en los patíbulos i en los calabozos de esta desdichada nacion!

HUBER. ¿I Edgardo, dónde se ha ido?

MARG. Está aquí, cerca de vos, padre mio.

HUBER. Ven, Edgardo, dime: tú amas a Margarita ¿no es verdad?

EDGAR. ¡Ah! sí, con toda mi alma.

MARG. ¡Edgardo mio!

HUBER. Júrame, entónces, que no la abandonarás i que serás su protector.

EDGAR. Mucho tiempo ha que el cielo ha recibido ese juramento sagrado.

HUBER. Gracias, Edgardo: ya puedo morir contento: mi esposa, mi hija no quedarán solas en el mundo.

MARÍA. ¡Huberto!

MARG. ¡Padre mio!

KOSCIUS. Pero, Huberto ¿a qué vienen estas cosas cuando tú has de vivir; cuando acabamos de romper las puertas de tu prision? . . . ¿A qué vienen estas cosas cuando en pocos instantes mas ya estarás léjos, mui léjos de este fatal lugar i fuera del alcance de tus perseguidores?

HUBER. ¿Qué dices?

KOSCIUS. Al pié de este muro una barca te espera; bajarás por la misma escalera de cuerdas que me ha servido para subir i, luego, huirás con tu esposa i Margarita a donde no te pueda alcanzar la zaña de tus enemigos. Edgardo os acompañará hasta dejaros en seguridad i volverá despues a ocupar el puesto que le señala el deber.

MARG. ¡Cómo! ¿Edgardo tendrá todavía que separarse de nosotros?

EDGAR. Dios lo ha dispuesto así, Margarita.

MARG. Nó, eso es imposible: moriria de dolor.

HUBER. Hija, sagrada es la voz de la patria, la patria lo reclama, Edgardo debe partir.

MARG. (*Sollozando.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!

EDGAR. Espera, Margarita, i confía en Dios. El nos ha de proteger.

KOSCIUS. Partid, partid.

HUBER. I ¡qué! ¿tú no vienes con nosotros?

KOSCIUS. No puedo, mi puesto es aquí; yo debo permanecer en la madriguera del tigre.

HUBER. ¿Qué piensas hacer?

KOSCIUS. He jurado guerra a muerte a los tiranos, a esa raza funesta que los hombres detestan i que maldice el cielo.

HUBER. ¡Noble corazón! Ayer yo también pensaba de la misma manera; hoy ya lo ves, los tiranos me crucifican.

KOSCIUS. Yo te vengaré, Huberto, yo te vengaré.

HUBER. Todos tus esfuerzos serán impotentes; ya es demasiado tarde.

KOSCIUS. Te engañas: aun tenemos patria, Huberto, aun tenemos patria.

HUBER. Será quizás la última vez que podremos pronunciar ese dulce nombre: la Polonia toca ya a su fin.

ANJELO. (*Que ha estado de acecho en la puerta de la izquierda.*) Daos prisa, creo notar algún movimiento en esta parte de la fortaleza.

KOSCIUS. Apresuraos, partid.

HUBER. Venga un último abrazo. (*Se abrazan estrechamente i luego se dirige al parapeto que salva.*)

KOSCIUS. Edgardo, cuida de ellos, no olvides que tu debes ser su ángel protector.

MARÍA. (*Descolgándose por el parapeto.*) El cielo os pagará lo que haceis por nosotros. (*Desaparece junto con Margarita.*)

EDGAR. (*Sobre el parapeto, estrechando las manos a Kosciusko.*) Antes de la aurora estaré en el campamento.

KOSCIUS. Conozco el sacrificio tan grande que vas a hacer. Edgardo, la patria te lo pagará algún día i si no la patria, Dios. (*Edgardo desaparece.—Momento de silencio: Relámpagos, truenos.*)

ANJELO (*Azorado.*) Alguien llega ¡salvaos! (*Corriendo hacia la izquierda.*) En todo caso la prudencia aconseja... ¡Misericordia! ¡el pro-cónsul! (*Se escapa a tiempo que entra Repnin.*)

ESCENA VIII.

KOSCIUSKO, REPNIN.

REPNIN. (*Viendo salir a Anjelo.*) ¡Traicion! ¡traicion!

KOSCIUS. (*Cortándole el paso.*) ¡Silencio o eres muerto!

REPNIN. (*Retrocediendo espantado.*) ¡Satanas!

KOSCIUS. Sin duda el infierno es quien te ha conducido aquí.

REPNIN. ¿Quién eres?

KOSCIUS. Soy el brazo de la justicia.

REPNIN. ¿Qué intentas?

KOSCIUS. Beber tu sangre, miserable, beber tu sangre.

REPNIN. (*Dirigiéndose a la izquierda.*) ¡Guardias, a mí!

KOSCIUS. ¡Calla, si no quieres morir!

REPNIN. Paso al pro-cónsul.

KOSCIUS. ¡Atrás!

REPnin. ¡Vive el cielo! que esto es ya demasiado.

KOSCIUS. Te digo que no saldrás.

REPnin. ¡Qué!

KOSCIUS. Uno de los dos debe morir.

REPnin. ¡Morir!

KOSCIUS. ¿Te hace estremecer esa palabra?... ¿Tiemblas, Repnin?

REPnin. (*Aparte.*) ¡Tengo miedo!

KOSCIUS. Encomienda tu alma, si es que te atreves a invocar el nombre de Dios.

REPnin. Refrena tu lengua o mi espada . . .

KOSCIUS. Pues, defiéndete si no quieres que te asesine. (*Desenvaina su espada.*)

REPnin. ¡Insolente, te he de arrancar el corazón! (*Cruzan furiosos los aceros.*)

ESCENA. IX.

KOSCIUSKO, REPnin, EL REI.

REI. (*Que llega por la izquierda.*) ¡Teneos, vive el cielo, teneos!

KOSCIUS. REPnin. (*Bajando las espadas.*) ¡El rei!

REI. ¿Qué es esto? Mas no me engañan mis ojos ¡eres tú, Repnin i tú, Kosciusko!

REPnin. (*Espantando.*) ¡Kosciusko! ¡Kosciusko! ¡el jeneral en jefe de los insurrectos!

KOSCIUS. El mismo en persona. ¡Ah, ah! ¿te hace temblar ese nombre? ¿extrañas mi presencia en este sitio? pues, da gracias al rei que a él debes tu salvacion.

REI. (*Aparte.*) Todo lo comprendo.

REPnin. Estanislao Augusto, vos haceis traicion a la emperatriz; vos complotais con el jefe de los insurrectos polacos; vos estais en connivencia con ellos; de otro modo no me explico ni la presencia de ese hombre ni la vuestra.

KOSCIUS. Eso significa que el leon no duerme cuando el tigre vela; eso significa que todavía hai virtud, hai patriotismo, hai vida en esta nacion que tú creias abyecta i esclava.

REI. I tambien significa que ya estoi harto de tutores, que basta ya de pro-cónsules i que, por fin ¡quiero ser rei! Hasta hoi dia, Estanislao solo ha sido un juguete que se disputaban Catalina i sus indignos ministros; de hoi mas, quiero que cese ese juego tremendo en que se jugaban los destinos de una nacion. Es preciso que lo entiendas, Nicolas: en este instante acaba de desaparecer la creatura de Catalina II, solo queda el rei de Polonia.

KOSCIUS. Ya lo veis: nada os queda que hacer aquí. Partid, volved al lado de vuestra emperatriz i decidle lo que acabais de es-

cuchar. Repetidle que el cautivo acaba de romper los dorados hierros que lo aprisionaban i que muerde i maldice la blanca mano que lo oprimia.

REP. (Aparte.) ¡Rabia! todo se conjura esta noche en contra mia. (Terrible.) ¡Estanislao, qué tarde habeis venido a abrir los ojos! ¡Temblad, vuestro despertar será horrible! ¡Mañana, i Souwarow estará a las puertas de Varsovia! ¡Mañana, i todo habrá concluido. . . . : vuestro trono será despedazado, vuestra corona pisoteada i vuestro cetro i vuestro manto cobijarán una tumba! ¡Mañana, i este pueblo que aun podiais haber hecho feliz, será un monton de ruinas, de escombros i de sangre! ¡Mañana. . . . i la Polonia habrá sido borrada de la faz de las naciones! (Vase por la izquierda.)

ESCENA X.

REI, KOSCIUSKO.

REI. ¡Dios! ¡esas amenazas! Tente, tente Repnin: escucha, oye, espera.

KOSCIUS. ¡Todavía! ¿Tan pronto olvidais vuestros propósitos? ¡Quiero ser rei! habeis dicho: Estanislao, que esa no sea solo una vana palabra. Ha llegado el momento supremo; ya que es preciso luchar, luchemos. Sea nuestro lema ¡vencer o morir!

REI. Dices bien, ya no hai remedio, el paso está dado. ¡A las armas! pues, i que el cielo nos proteja.

KOSCIUS. Sí ¡a las armas! Hé ahí el grito que hace veinte años debia haber resonado en vuestros labios; ese grito habria sido nuestra salvacion. Los tiranos no se habrian atrevido, entónces, a lanzar sus huestes contra este pobre i desdichado pueblo, cuyos despojos, como perros hambrientos, ahora se reparten i disputan. Mas, aun no está todo perdido, aun queda alguna esperanza.

REI. Volemos a prevenir a nuestros hermanos, a reunir nuestras tropas i a alistar nuestros cañones.

KOSCIUS. Sí, corramos: vos, a Varsovia, yo, a Macejowice; ahí está el grueso de mi ejército, ahí tengo mi campamento. Vos, atrincheraos en la capital i defendeos hasta la última extremidad. Los polacos mueren pero no se rinden.

REI. Varsovia será mi sepultura, te lo juro; el rei de Polonia caerá con su nacion. (Vanse por la izquierda.)

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

(Concluirá.)

PEDRO CRESPO. (1)

Al rei la hacienda i la vida
Se ha de dar; mas no el honor;
Porque el honor es del alma
I el alma solo es de Dios!

(CALDERON, *El Alcalde de Zalamea.*)

I.

ZALAMEA.

La poblacion de Zalamea, pueblo vecino a la línea que divide a España de Portugal, veia alterarse su habitual quietud con un suceso, que sino tan raro en el siglo XVI, bastaba por sí solo para trastornarlo todo en una aldea de corto vecindario.

La cosa no era para ménos.

Aquella mañana habia llegado a Zalamea un sarjento de los tercios españoles, con un oficio para el alcalde. El majistrado del lugar, una vez que se hizo cargo de su contenido, mandó llamar al alguacil, i, por medio de éste, citó a todos los miembros del ayuntamiento a una sesion extraordinaria en que debia tratarse un asunto tan grave como urgente.

Reunidos los concejales, el alcalde les manifestó que aquel dia debian llegar al pueblo algunos soldados del rei, a quienes era

(1) Cualquiera persona medianamente versada en la literatura española comprenderá desde el primer momento, con solo leer el título de esta leyenda, que su argumento no es orijinal. Efectivamente, pocos serán los que ignoren el nombre de Pedro Crespo, protagonista del magnífico drama que escribió Calderon de la Barca con el título de *El Alcalde de Zalamea*.

Alguien acaso extrañará que hayamos emprendido este trabajo en vez de escribir una leyenda orijinal. Al que así piense le diremos que, si bien podíamos idear alguna narracion de argumento propio, medianamente agradable, hemos preferido, sin embargo, tratar un asunto, ya magníficamente tratado por un autor de nota, por las razones que vamos a expresar.

Shakspeare, Goethe i otros autores, crearon tipos grandiosos que han pasado a la novela. Los argumentos de sus obras dramáticas han sido tratados por los novelistas de mil maneras, i sus héroes son, gracias a ellos, conocidos aun por los que no han leído sus inmortales producciones. A Calderon, hijo de España, nacion indolente para con sus glorias literarias, no le ha sucedido lo mismo. ¿Qué mucho que así haya sido si sus propios compatriotas olvidaron por muchos años que poseian en él un poeta inmortal, un jenio superior al de Lope de Vega?

Por lo que hace a nosotros, desde niños, hemos profesado un culto especial al autor de *La vida es sueño*. Nos parecia en un tiempo que el inmortal cantor de Sejismundo no tenia rival en la tierra....

De entónces acá, aunque se haya rebajado algun tanto nuestra admiracion, hemos

forzoso alojar convenientemente, repartiéndolos en las diversas casas del vecindario, segun la fortuna i facultades de sus dueños.

La noticia cayó como una bomba incendiaria sobre los pacíficos representantes de la localidad.

El pueblo miraba de mal ojo esta contribucion, siendo, pues, difícil que el arreglo de los alojamientos no trajese algunos disgustos al alcalde i cabildantes.

Pero ¿qué hacer?

Los hidalgos solamente podian exceptuarse de recibir i alimentar a los soldados; i los hidalgos eran mui pocos en Zalamea.

El pago de este odioso pecho tocaba, pues, a los villanos, i la poblacion casi toda iba a murmurar bien alto contra él.

No obstante, en los tiempos en que ocurrió el suceso que vamos a narrar, los pueblos no hablaban mucho de sus derechos i las órdenes del rei se obedecian sin escusa, sobre todo cuando el monarca que gobernaba la España era nada ménos que el inflexible Felipe II.

Por mas dura que fuera la cosa, el ayuntamiento de Zalamea no tuvo mas que obedecer, i al cabo de una hora ya habia extendido las papeletas de alojamiento i entregádaslas al sarjento, que volvió con ellas al encuentro de la tropa que a largas jornadas se aproximaba.

Miéntas tanto los vecinos quedaban haciendo comentarios del suceso i lanzando al aire sus inútiles quejas.

—Terrible año ha sido este año, decia en la plaza un anciano a varios vecinos que con él tomaban el sol; con esta guerra de Portugal, Zalamea ha sido el parador de cuanto militar pasa a ese reino.

—Sí, respondió otro viejo, con otro año igual, nuestras cosechas no nos darán para mantenernos, ya que todo lo hemos de gastar en estos malditos huéspedes.

—I lo peor de todo es que los soldados son jente tan mala,

quedado creyendo que Calderon no es inferior al gran dramático ingles i que a veces es rival del Dante en la valentía de sus concepciones místicas. De algunos años atras lo estudiamos con contraccion i acaso mas tarde podremos publicar sobre sus obras un trabajo debidamente preparado.

Entre tanto, para llamar la atencion de nuestros paisanos aficionados a las letras hácia las creaciones del gran poeta madrileño, hemos emprendido el trabajo de componer algunas leyendas sobre sus principales comedias.

El trabajo es ingrato, pues no ha de proporcionarnos ninguna gloria. ¡Pluguiera a Dios que alguna vez no nos quedáramos atras del autor que seguimos!

Pero, si, como hemos dicho, la tarea es ingrata, no es por desgracia ménos dificultosa.

Reducir ciertos diálogos a la forma moderna sin que pierdan notablemente (que mucho han de haber perdido en nuestras manos); seguir la fábula de Calderon en sus diversas peripecias i guardar, en fin, algo de su lenguaje i de esa poesía que brota bajo su pluma divinamente inspirada, es cosa que arredraria a cualquiera.

Nosotros no creemos, i con sentimiento lo decimos, haber acertado en esta obrita ni en las demas que pensamos publicar bajo el título de *Leyendas de Calderon*; pero juzgamos tener algun derecho a la induljencia del público en gracia del móvil que nos lleva a darlas a luz.

Discúlpenos, pues, esto i perdone el lector esta larga nota.

dijo Vicenta, vieja solterona que se habia mezclado en el corro, para oír lo que en él se murmuraba.

—¿Mui malos, eh, tia Vicenta? interrumpió un pilluelo.

—¡Vaya que lo son! respondió gravemente la interpelada; lo peor del caso es que las que mas sufrimos somos las concellas honradas a quienes persiguen estos desalmados sin Dios ni lei.

—No se asuste, tia Vicenta, no se asuste, que ninguno de ellos le ha de decir: buenos ojos tienes.

Un coro de carcajadas acojió este punzante chiste, pues, Vicenta, ademas de fea i entrada en años, era tuerta del ojo derecho.

—¡Atrevido! gritó la solterona, yo te enseñaré a que guardes otra vez el respeto que se debe a las damas; i corriendo como un gamo se lanzó en persecucion del chiquillo que no tardó en ponerse fuera de su alcance.

Al cabo de un rato, el grupo de aldeanos, recobrada la calma interrumpida por aquel ridículo incidente, proseguia la conversacion.

—De verdad, que Vicenta tiene razon, dijo el escribano del pueblo, pues los soldados son excesivamente aficionados a las buenas mozas.

—Cada vez que pasan por aquí, respondió un labrador, dejan alguna desgracia que lamentar.

—Yo pienso encerrar estos dias a mis dos hijas, interrumpió uno.

—Yo a mi sobrina, dijo otro.

—Yo a mi hermana, dijo un tercero.

—¡Desalmados!

—¡Ya se ve! como ellos andan por paises de herejes aprenden a pisotearlo todo.

—I mas a nosotros, pobres villanos, a quienes rara vez se les hace justicia.

—¿Qué es eso? preguntó amostazado el escribano.

—Yo me entiendo i Dios me entiende.

—Para todos hai justicia en España, exclamó con énfasis el curial.

—Bien, sea así; que por eso no hemos de incomodarnos.

—Pero es dura cosa que hayamos de estar abriendo nuestra casa todos los dias, a jentes que no conocemos.

—Lo peor es que si el Portugal no está, como algunos lo aseguran, del todo sometido, no ha de ser esta la última vez que nos veamos en tales trances.

—¡Nó lo quiera Dios!

—Amen, respondieron todos.

Aquí llegaba la conversacion cuando fué interrumpida por la presencia de un nuevo personaje, a cuya aproximacion todos se pusieron respetuosamente de pié.

—Buenos dias Pedro Crespo, dijeron a coro.

—Santos i buenos os los dé Dios, respondió el recién llegado; pero ¿por qué os veo así tan tristes i cariacontecidos?

—Nuevos alojamientos que imponen al pueblo, respondió uno; pasan hoy soldados para Portugal, i el rei, que no se acuerda sin duda de lo pobres que somos, nos los manda para que los regalemos.

—Callad, Joaquin, respondió Crespo, i no murmureis del rei que representa a Dios en la tierra, ni de esos pobres soldados por cuyo valor el nombre español es temido hasta en los países mas remotos. Todos debemos servir a la patria i los que no le damos nuestra sangre no podemos excusarnos de ofrecerle nuestra hacienda.

—Como tú eres rico, Pedro!

—Dios bendice mi trabajo i por lo mismo me pone en obligacion de repartir mi sobrante con los que andan ménos afortunados que yo. Vengo de ver mis parvas, el grano rebosaba en las eras i mis vacas i mis potrillos estaban tan lozanos que da gusto verlos. . . . Mira, Joaquin, continuó despues de una breve pausa, sé que tu madre está enferma, i por lo mismo te hallas algo empeñado; pasa por casa que allá tengo algo para tí. A tí, Ramon, se te murió anteayer un buei, elije de los míos el que mas te agrade para suplir su falta. Dieguillo, Vicente, Jil, mucho tiempo ha que no me visitais, i sin embargo, sabeis que os quiero bien.

Un coro de bendiciones respondió al jeneroso labrador.

Todos le debian mil beneficios i no habia un corazón que no abrigase por él los sentimientos de la gratitud mas ardiente.

II.

PEDRO CRESPO.

Pedro Crespo, a quien hemos dejado conversando con los vecinos del pueblo i repartiendo entre ellos sus jenerosos dones, era uno de esos tipos de honor i virtud que cada dia van haciéndose mas raros.

Tenia a la sazón setenta años, aunque por la firmeza de su andar i la robustez que demostraba, nadie se atreveria a echarle mas de cincuenta.

Era alto i de atléticas formas, enjuto de carnes, de fisonomía enérgica i mirada vivaz. Vestia un traje de labrador que resplandecía por su limpieza, i mas por el decoro de los años que por necesidad verdadera llevaba en la mano derecha un nudoso baston.

Jóven, i en lo mas bello de su vida, habia sentido arder en su alma el amor patrio, i llevado por sus jenerosos sentimientos, abandonó el hogar de sus padres, donde todo le sobraba, por

alistarse entre los heróicos soldados que conquistaron a Granada en el reinado de Isabel i Fernando.

Postrada esta ciudad i destruido para siempre en España el poderío musulman, Pedro Crespo volvió a su casa, a tiempo que su padre no aguardaba mas que su regreso para morir bendiciéndolo. Despues de la muerte de su padre, el jóven soldado, vuelto ya a su oficio de labrador, dedicó su vida a cuidar de la de su anciana madre, a quien los años i la pérdida de un esposo querido habian notablemente debilitado. Sus afectuosos cuidados lograron, ya que no prolongar su existencia, hacérsela mas llevadera al ménos, i la buena mujer expiró en brazos de su hijo tres años despues de su marido.

Solo en la vida, Pedro creyó necesario formarse una familia. Hasta entónces no habia sentido en su alma esa necesidad de amar que se apodera del corazon en ciertas épocas de la vida. Pero, al hallarse sin los afectos que rodearon su cuna i protejieron su juventud, comprendió que le seria imposible vivir en la soledad del alma cuyo peso tan tristemente lo abrumaba.

Buscó una compañera, i al año de muerta su madre recibia por esposa a la jóven mas bella i modesta de Zalamea.

Pedro era citado como un modelo de esposos i su casa como un templo de honradez i de trabajo. Bajo su mano incansable prosperaban los modestos haberes que habia heredado, siendo a los pocos años el labrador mas rico de toda la comarca.

El amor de su esposa, las riquezas, el jeneral aprecio i sobre todo la paz de la conciencia, deberían hacer a Crespo el hombre mas feliz de la tierra. El honrado labrador vivia sin embargo triste; quien penetrara en su alma diria que algo le faltaba para ser dichoso.

Efectivamente, como todos los corazones nobles i rectos, el suyo sentia el santo anhelo de la posteridad, i pasaban los años i los hijos que el buen labrador habia visto nacer, expiraban en los umbrales de la niñez, dejando su ausencia un hondo vacío en el corazon del padre.

Al fin el cielo, compadecido de su dolor, le otorgó el bien que deseaba, concediéndole un hijo i una hija, que, a la época de la narracion, contaban el primero veinte años i la segunda dieziocho.

Por este tiempo, hacian doce que Crespo habia enviudado, i Juan e Isabel, que así sus hijos se llamaban, eran el contento de su corazon i la corona de su ancianidad.

Isabel le recordaba las modestas virtudes de la esposa perdida, Juan los nobles instintos de su primera juventud. Ella corria con todas las faenas domésticas, Juan le ayudaba en las tareas del campo i el buen anciano, mas que padre, era para ámbos un cariñoso e induljente amigo.

Su vida era sencilla como la de todos los labradores del pueblo. Levantábase al alba i rezaba con su familia las oraciones de

la mañana; despues de tomar un ligero alimento emprendía con su hijo el camino del campo, de donde no regresaban hasta el medio dia a comer los sabrosos guisos que Isabel les tenia preparados. Tras de la comida la siesta; en pos de la siesta, Crespo se dirigia a la plaza del pueblo a tomar el sol en compañía de algunos viejos amigos, pasando algunas horas conversando con ellos, ya sobre las cosechas del año, o sobre alguna victoria obtenida por las armas españolas en Italia, Francia o Flándes, o sobre los sucesos caseros de la aldea. A esta tertulia solia acompañarlo Juan, cuando no volvía al campo, o no hallaba a mano la compañía de algun mozo de su edad, naturalmente mas conforme con sus gustos. A las oraciones regresaban ámbos a su casa. En punto a la hora de recojerse, Pedro era con su hijo un padre severo. La velada se pasaba agradablemente entre el rosario, la cena i la lectura de algun libro de caballería, jénero literario a que era Crespo mui aficionado.

El anciano tenia una conversacion tan instructiva como amena, gustando extraordinariamente de referir a su hijo las campañas de su juventud i las heróicas proezas de los héroos que conquistaron a Granada.

Tales pláticas inflamaban el corazon de Juan, que desde niño sintió una aficion decidida por la milicia, de lo que en secreto se enorgullecia el viejo labrador.

—Dejemos que crezca, se decia, i si cuando el mancebo sea todo un hombre, persiste en ser soldado, nó seré yo quien me oponga a que sirva a su rei.—

Juan, como todo campesino español, concurría con frecuencia a los juegos de barra i pelota, perdiendo en ellos algo mas de la corta cantidad que su padre le asignaba para sus gastos.

Aun que esto no fuera de su agrado del honrado padre, reñía a su hijo suavemente, acabando siempre por darle el dinero necesario para que dejara bien puesto su nombre. Con este motivo solian ocurrir escenas chistosas entre padre e hijo.

—¿De donde venis, señor? le decia Juan un dia que se encontraron en la calle.

—Vengo, le respondió Crespo, de ver cómo crecen mis sembrados que para el verano nos prometen una abundante cosecha. ¿I tú de donde vienes?

—He jugado, padre mio a la pelota toda la mañana.

—Bien hecho, si ganaste.

—Es el caso, señor, que he perdido.

—Bien hecho, si has pagado.

—No pude hacerlo, porque agotado el dinero que llevaba, hu-be de jugar a crédito.

—Malo, Juan, mui malo, i voi a darte un consejo. Nunca juegues mas dinero que el que lleses contigo, pues de otro modo te expones, a aventurar tu opinion.

— Buesno es el consejo, como cosa tuya, señor.

—¿I lo seguirás?

— Por cierto; i tanto os lo agradezco, que por lo mismo que es tan sabio voi a pagaros con otro.

— Veamos.

— I es de que nunca deis consejo a quien viene a pedir os dinero.

— Está bien Juan, respondió el viejo fingiendo severidad. Con tal que obedezcas mi consejo tomaré el tuyo. Ahí tienes dinero, vé a pagar lo que debes.

I padre e hijo se separaron riéndose alegremente de lo ocurrido.

Como se ve, el labrador de Zalamea era indulgente con su hijo, siempre perdonándole, cuanto no menoscabara en un ápice los sentimientos de honor que le habia inspirado. Recordando su juventud sabia disimular en el mancebo las faltas lijeras que solo se corrijen con prudentes i paternales advertencias.

Así Pedro Crespo era adorado en Zalamea. Su hacienda era la hacienda de los pobres, su casa la posada de los viajeros, i su experiencia el oráculo que todos consultaban en las ocasiones difíciles.

Tenia fama de ser algo testarudo i aferrado a su opinion i era sabido que cuando decia nó en alguna cosa no habia nadie que lo hiciera variar de opinion.

Era deseo jeneral en el pueblo que Crespo fuese el alcalde, i en cada eleccion los votos le favorecian desde mas de veinte años atras; pero, ni el cura, ni el ayuntamiento, ni sus hijos, ni sus amigos pudieron jamas lograr que empuñara por un solo dia la vara del mando.

Aunque nunca murmurara como los otros labradores de los frecuentes alojamientos que le imponian el continuo paso por Zalamea de soldados que iban a Portugal, rabiaba en su interior con tales gabelas que alteraban sus costumbres i el orden severo que queria guardar en su hogar.

Cuando en el retiro de su casa se quejaba amargamente de esa onerosa contribucion que únicamente pesaba sobre el estado llano, el jóven Juan solia decirle con su natural prontitud:

— Nunca he comprendido, señor, como gustándoos tan poco la cosa alojais en casa soldados.

— I ¿cómo excusarlo?

— Comprando una ejecutoria de nobleza.

— Hablas como un mancebo sin seso. ¿Piensas que hai alguién que ignore que soi de humilde linaje, aunque a Dios gracia, de sangre limpia, sin mezcla de moro ni de judio? ¿Qué sacaria con comprar al rei una ejecutoria cuando no puedo comprarle la sangre? ¿Qué se diria de mí? ¿Que era noble por mi dinero? No hables mas de eso.

I a renglon seguido continuaba sus quejas, lamentándose de verse sujeto a prestar al rei semejantes servicios.

Con estos antecedentes creemos que el lector habrá conocido

lo bastante el carácter de Pedro Crespo, que desempeña en esta narracion el papel mas importante.

III.

EL CAPITAN.

Encaminémonos a la casa de Pedro Crespo.

Son ya las cuatro de la tarde i el sol declina con majestad, buscando las montañas vecinas donde ha de ocultar sus ardientes rayos.

A la puerta de la casa hai un emparado, a cuya grata sombra están Isabel i su prima Ines, que con ella habla, ocupadas ámbas en labores propias de su sexo.

Isabel es bella, entre las mas hermosas de la aldea. Sus brillantes ojos negros, velados por espesas pestañas, no han brillado aun con el fuego de la pasion i por su frente tranquila i pura aun no se desliza el ardiente pensamiento del primer amor. Ama únicamente a su padre, a su hermano, a las compañeras de su niñez i a las flores del valle con que a veces suele adornar su negra i abundosa cabellera. Mas aun, ignora que es hermosa i que su belleza puede encender pasiones devoradoras. Jamas se vió tipo de jóven mas perfecto, ni beldad mas modesta.

A la hora que es, ha salido, como tiene costumbre, a aguardar la vuelta de su padre.

Divisar desde léjos al cariñoso anciano que regresa a su casa ganoso de acariciarla es el mayor goce de su vida.

Esta tarde Crespo ha demorado en llegar. Sin duda lo han detenido sus amigos en el camino i la niña lo aguarda con impaciencia.

Al fin lo divisa a lo léjos i a los pocos momentos está en los brazos del anciano.

—¿Por qué habeis tardado tanto padre mio? le dice en tono de cariñosa reconvencion.

—Entónces, Isabel, ¿ignoras lo que pasa en el pueblo?

—Como no me lo digais vos. . . .

—Pues sabe que nuestro católico rei, el señor don Felipe, marcha a Lisboa a coronarse, i pasará acaso mañana por Zalamea. Lo acompaña numeroso ejército, mandado por el valiente don Lope de Figueroa, i tendremos hoi mismo que alojar algun militar en casa. Quisiera, pues, hija mia, te retiraras con Ines donde lo has hecho otras veces en casos semejantes.

—Eso mismo iba a suplicaros, señor; quedarnos aquí es exponernos a oír necios cumplidos, mejor estaremos con Ines retiradas en esos desvanes, donde os prometo que ni el sol ha de vernos la cara.

—Está bien, hija mia, respondió Crespo besando a su hija en la frente.

Las doncellas se retiraron a tiempo que Juan salia del interior de la casa.

—Quédate aquí, Juanillo, dijo el viejo, recibe a los huéspedes que aguardamos miéntras voi a comprar algunas cosas que nos faltan para obsequiarlos dignamente.

I diciendo esto se alejó de nuevo.

*
* *

El huésped a quien esperaba Pedro Crespo era el capitán don Alvaro de Ataide, hermoso i arrogante jóven, que a pesar de sus pocos años habia recorrido ya casi toda la Europa siguiendo las banderas de su rei.

Era valiente, pero excesivamente orgulloso. No conocia otra pasion que la gloria, ni otro Dios que la vanidad.

Su orgullo le habia impedido arrastrarse por el fango de los vicios, i mas de una vez se le vió burlarse de aquellos compañeros suyos que entretenian sus ocios con las fáciles conquistas de pobres lugareñas i mujeres del estado llano.

Buscaba gloria para conquistarse el amor de las mas encumbradas damas de la corte i realizar así sus sueños de felicidad i orgullo.

Cansado por el camino, sigue su marcha conversando con los soldados i preguntándoles a cada paso cuánto dista aun Zalamea, donde deben detenerse.

—No está léjos, le responde el sarjento; desde aquí se divisa el campanario de la iglesia.

—¿I qué tal lugar es?

—Excelente; buen vecindario, campos fértiles al rededor i las mujeres mas hermosas.

—¿I dónde tendré mi alojamiento?

—Os lo he elejido en la mejor casa del lugar. El dueño es rico, como pocos, su hija la mas bella de la comarca.

—¡Belleza de aldea! observa con desden don Alvaro.

—No hai nadie en la corte que iguale a la hija de vuestro huésped.

—¿Será mas que una villana?

—El ser villana no le quita el ser hermosa.

—Serálo para vos, señor sarjento.

—I tambien a vuestros ojos, mi capitán.

Aquí la conversacion quedó interrumpida. Don Alvaro siguió distraido su marcha miéntras los soldados, dispersos aquí i allá, avanzaban hablando los unos, los otros cantando para aliviar las fatigas del camino.

Una hora mas tarde se hallaban en Zalamea.

IV.

PRIMERAS ESCARAMUZAS.

Al entrar don Alvaro en la casa de Pedro Crespo fué cortesmente acogido por Juan, pues su padre aun no habia concluido las diligencias que le retenian fuera.

Juan, que habia heredado la exquisita urbanidad del anciano, condujo a su huésped a la habitacion que se le habia preparado, dejándolo solo en ella para que reposase de las fatigas de la marcha.

Pronto llegaron el sarjento de la compañía i un soldado de nombre Rebolledo a tomar órdenes de su jefe, i como era natural, a los pocos momentos la conversacion rodó sobre la hija de la casa.

—¡Perverso viejo! decia el sarjento; su primera diligencia ha sido esconderos la muchacha.

—¿I la has visto? preguntó con indiferencia don Alvaro.

—¡Qué es verla! . . . Como si la empresa fuera tan fácil . . .

—¿I no sabes dónde está?

—Eso ya es otra cosa. ¡Bueno era yo para descuidarme! Mi primera diligencia fué preguntar por ella a la criada, i he sabido que el viejo, para librarla de vos, la tiene encerrada en aquel cuarto alto que desde aquí se divisa.

I el sarjento mostró a don Alvaro un desvan, cuya escalera se veia desde la ventana de la habitacion.

—¡Malicioso al fin como villano que es! interrumpió el jóven capitan. ¡Esconderme su hija! Si a mi lado anduviera sirviéndome ni siquiera le miraria el rostro; pero pues la guardan así, te juro que he de verla.

—¿I cómo?

—No faltará medio.

—Es preciso, mi capitan, no armar escándalo.

—Busca tú un medio, porque ello ha de ser. Rebolledo, ¿nada discurren para este caso tu ingenio travieso i fácil inventiva?

Rebolledo era el soldado mas burlon i alegre de todo la compañía i capaz por sí solo de embrollar un rejimiento con sus ardidés.

Al oirse llamar por su capitan se sonrió maliciosamente i golpeándose la frente con la mano, como aquel a quien ocurre una idea repentina,

—No hai que devanarse los sesos, mi capitan, dijo, pues es mui fácil lograr vuestro deseo.

—¿Qué me aconsejais?

—Finjis conmigo una pendencia, dijo el soldado, me amenazais con la espada, yo huyo, me refujio en el cuarto de la labradora, i a vuestro cuidado queda lo demas.

—Gran soldado es Rebolledo, i por quien soi que he de premiarlo.

—Gracias, mi capitan.

Al rato se oian en el cuarto de don Alvaro gritos desaforados, amenazas i juramentos, i poco despues se veia a Rebolledo huir de la habitacion persiguiéndolo su jefe con la espada desnuda.

Don Alvaro arrojaba llamas por los ojos i el soldado corria de aquí a allá buscando refugio, hasta que, topando por la escala, se lanzó por ella, i tras él su perseguidor.

—Señoras, dice al entrar el soldado a Isabel e Ines, socorredme porque soi muerto.

—¿Quién os obliga a huir así? preguntó azorada la niña.

—Yo, gritó don Alvaro con voz de trueno, yo, que he de dar muerte a este pícaro.

—Deteneos, señor, ya que ha venido a ampararse de nosotras; que los nobles como vos nunca son sordos a los ruegos de las mujeres.

—Nadie sino vos podria librarlo;— i cambiando de tono el capitan prosiguió: pero mirad señora que no es bien que por librar a otro hombre de la muerte me la deis a mí con vuestra belleza. A vuestro turno, compadeceos tambien de mí....

Isabel, rojas las mejillas como la flor del granado, bajando sus ojos con modesto rubor,

—No es es bien, señor, contestó, que al hacernos un beneficio queráis ponerle precio. No obran así los caballeros, por lo que os suplico, que una vez perdonado ese infeliz nos dejéis, contentándoos solo con nuestro agradecimiento.

—¡Vive Dios que sois un prodijio! a par andan en vos la discrecion con la hermosura.

—¿Cómo es esto? interrumpió Pedro Crespo que a la sazón entraba con Juan en el aposento, cómo es esto, señor, cuando pensé hallaros matando un hombre, os encuentro.... requebrando a una mujer; debeis de ser mui noble cuando tan pronto se os pasan los enojos....

—Capitan, añadió Juan, enojado, debierais considerar la voluntad i el esmero que pone mi padre en serviros, para ahorrarnos estos disgustos.

—¿Qué es eso rapaz? ¿qué os toca a vos en ello? gritó el labrador. ¿Ni qué disgusto ha habido aquí? Un soldado enojó al señor capitan ¿i nó habia él de castigarlo? mi hija, señor, añadió dirijiéndose a don Alvaro, os agradece el perdon que habeis concedido a ese hombre i yo os agradezco lo hayais hecho por consideracion a ella.

—Claro está, dijo el capitan, aquí no ha ocurrido nada mas.

—Yo lo he visto mui bien, interrumpió Juan con sequedad.

—¿Cómo hablas así, Juan? objetó el padre severamente.

—Por que estais delante no castigo a ese mozo como merece, clamó despechado don Alvaro.

—¡Cuidado! dijo Crespo, sabed, señor capitán, que yo puedo tratar a mi hijo como me plazca, pero vos, nó.

—¡Yo aguantarlo a mi padre i no a otra persona.

—¿I qué habias de hacer, si quisiera yo ahora castigarlo?

—Morir ántes que sufrirlo, señor capitán; morir en defensa de mi honra.

—¿I qué honra tiene un villano?

—La misma que vos, que no habria un capitán, si no hubiera tambien un labrador.

—¡Es mucha mengua que esto sufra! dijo don Alvaro amenazando a Juan.

—Mirad que estoi yo de por medio, gritó Crespo desnudando la espada.

—Mi capitán, murmuró por lo bajo Rebolledo, ved que viene don Lope.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Continuará.)

LA FERIA DE LAS VANIDADES. (1)

(CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA.)

Sólo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la desprecia cuando es injusta o parcial, i sabe darle su valor i aun estimarla cuando es sincera, noble i de buena fé.

FÍGARO.

Acaba de publicarse el libro que la Academia de Bellas Letras de Santiago componia desde tiempo atrás con el objeto bien laudable de contribuir por su parte a la inauguracion de la estatua de don Andres Bello; i pues se presenta solicitando la proteccion del público, oportuno i justo me parece dar una idea de lo que

(1) A propósito del libro *Suscripcion de la Academia de Bellas Letras a la estatua de don Andres Bello*.—Un vol. en 4.º de 378 pájs.—Santiago, Imprenta de la Librería de EL MERCURIO, 1874.

ese libro significa, de la manera como está redactado, de la suerte, en fin, que por su forma i por su fondo debe caberle, sin que ni tan siquiera pueda servirle de tabla de salvacion en el naufragio que le espera el propósito que le dió vida, ya que de tan poco tino se ha dado pruebas por los honorables caballeros que hicieron la edicion i por no pocos de los que ocupan esas trescientas i tantas pájinas de prosa i verso. Apresúrome a declararlo: es ese un pobre libro, un bien pobre libro, sea cual fuere el aspecto por el cual se le juzgue, aun por su aspecto tipográfico. La impresion no honra mucho que se diga a la imprenta de la Librería de EL MERCURIO i los diversos artículos de la *Suscripcion* no logran que el lector olvide sus defectos materiales, por decirlo así.

El libro de la Academia se presta a numerosas consideraciones jenerales i particulares. Apuntaré unas i otras en el órden que se presenten a mi memoria, muchas veces tomándolas al acaso para que se vea que si hai audacia en lo que sentado dejo, esa audacia se halla perfectamente justificada por los hechos.

Desde luego, todos teníamos derecho a esperar una obra, si no acabada, por lo ménos digna de una asociacion en que figuran en primer término caballeros que se honran con el título de miembros de la Real Academia Española. Teníamos derecho a esperar algo mas que una obra de partido i hasta de propaganda política, donde la parte literaria desaparece casi completamente para dar lugar a bosquejos biográficos o cosa así, a caricaturas con pretensiones de retratos que son como un bostezo de mal comprimidas odiosidades.

Obra de partido he dicho i mantengo la palabra porque es exacta i porque está merecidamente empleada. ¿Acáso no hai allí un buen número de pájinas consagradas a hacer la apoteosis de hombres públicos, como Lerdo de Tejada i Guzman Blanco, que así tienen que ver con la estatua de don Andres Bello, como el que esto escribe con los habitantes de la luna? Francamente, yo no he podido darme cuenta de la razon que se haya tenido en vista al dar cabida en este libro a escritos políticos, propios sólo para provocar animosidades en una buena parte del público cuya proteccion se reclama.

Dar a conocer a don Andres Bello i dar a conocer sus obras parece que ha sido un fin secundario de la publicacion; o si ha sido un fin principal, mal camino elijió la Academia de Bellas Letras i pésima muestra ha dado de su sano criterio, de su buen gusto literario, de su facundia i hasta de los títulos que posee i que puede ganar en buena lid para obrar como maestro, para servir de faro a la juventud. La composicion misma del trabajo no ha podido ser mas infeliz. ¿Qué significa allí un artículo sobre el calendario, por mas que ese artículo lleve la firma de don Diego Barros Arana al pié? ¿Qué significan ese estudio sobre la América en 1873, esas biografías de Perez, García Moreno, Lerdo de Tejada, etc., ese estudio sobre el gobierno político de Chile, so-

bre la fauna i la flora de Chile, etc., etc.? Responda quien pueda. Por lo que a mí toca, paréceme que la Academia, resuelta i comprometida como estaba a publicar un libro, escasa por otra parte de cooperadores, echó mano de lo poco que se le presentaba, consiguiendo formar un conjunto indijesto de manjares fiambres, una especie de olla podrida que no satisfará por cierto ni a los paladares ménos delicados.

Tratábase de escribir un libro consagrado a la memoria de don Andres Bello, destinando el producto de su venta a la estátua del eminente literato. Preciso era, en consecuencia, hacer conocer a éste en su vida i en sus obras, como hombre público, como literato, como maestro inolvidable e irremplazable de dos jeneraciones. El filósofo, el literato, el filólogo, el poeta, el jurisculto, el sabio, en fin, debian pasar a la vista del público para que el público pudiese estudiarles, comprenderles i admirarles. No ha sucedido así, sin embargo. El Andrés Bello que la Academia nos ofrece es un Andrés Bello desmembrado, incompleto, descolorido, que sólo con el auxilio del lente se distingue al traves de la neblina que le rodea. Es un Andrés Bello de convencion.

Escribe la biografía del grande hombre el señor Amunátegui i esa biografía se reduce a cuatro pinceladas de dudoso buen gusto, a la apuntacion de hechos mas o ménos importantes i a la repeticion de datos otras veces por el señor Amunátegui publicados. Mejor, mucho mejor habria sido, a mi humilde juicio, que el intelijente i laborioso discípulo de aquel insigne maestro hubiese reproducido su importantísima crítica biográfica de Bello, corrijiéndola i mejorándola, agregándole los nuevos datos que tuviese. No lo hizo; i no haciéndolo, flaco servicio prestó a la asociacion que le cuenta entre sus mas distinguidos miembros i aplaudidos colaboradores.

Mas, tiempo es de notar un vacío que no admite disculpa de ninguna especie, un vacío que seria imperdonable en cualquier biógrafo de don Andrés Bello i no digo en la Academia de Bellas Letras. No hai un artículo, ni un solo artículo en el libro, que nos dé a conocer al jurisculto, al inolvidable autor del Código Civil. ¿No tiene la Academia escritores que pudieran emprender la obra? Sí que los tiene, i ello hace absolutamente injustificable el silencio que acerca de este punto capital se ha guardado. El Código Civil ha sido objeto de numerosos estudios, de notables memorias presentadas a la Universidad; i, sin embargo, su autor no ha sido tomado en cuenta por la Academia de Bellas Letras: apénas sí por incidencia se le recuerda en una que otra página. A la verdad, el sabio jurisculto no merecia tan estupendo desden i es bien seguro que solo por un lamentable olvido, pero olvido que nadie disculpará, se le ha hecho víctima

de él precisamente en una obra destinada a ensalzar la memoria querida i venerada del maestro.

Mui poco mas feliz que Bello, jurisconsulto, ha sido Bello, poeta, gramático, filósofo. Del poeta habla otro poeta, don Domingo Arteaga Alemparte; pero tan concisamente i en formas i apreciaciones tan jenerales, que solo se detiene el tiempo necesario en la elejía al incendio de la Compañía. Del gramático habla don Sandalio Letelier; i hablando, prueba que poco conoce al gramático que elogia i que no ha sacado mucho provecho de sus lecciones. Ocúpase en el filósofo don Anjel Custodio Gallo, i después de leer el artículo de éste, he sabido yo de la filosofía de Bello tanto cuanto sabia ántes de leerlo; sólo que ántes de leerlo tenia del filósofo una opinion que, a no ser sólida como es, habríase visto destruida por los dislates que el señor Gallo ha tenido a bien ensartar en su mal nacido i malaventurado artículo.

Toda la composicion del libro revela un mal gusto que da grima. Bello era un escritor insigne, esmeradamente correcto i castizo, clásico entre los clásicos i sabia respetar los fueros del idioma que tan profundamente conoció i que manejó con destreza inimitable aun en los calorosos arrebatos de su inspiracion de poeta. Literato consumado, sus obras son modelos del bien decir, muestras acabadas del rico idioma castellano. Pues bien, los autores que llenan la mayor parte de las páginas del libro que la Academia en hora infeliz ha dedicado a su memoria, casi en su totalidad son escritores incorrectos, mal avenidos con la gramática, una protesta viva contra lo que durante su laboriosa vida enseñó de palabra o en la prensa el gran maestro. Es desapacible en ellos la frase i hai jiros que serian inaceptables aun en la pluma de estudiantes recién salidos de las aulas. I para que se vea que no levanto un falso testimonio, quiero citar aquí algunos párrafos del libro, poner a la vista del lector algunos ejemplos i compararlos con otros de buenos escritores españoles i americanos.

Abro la Introduccion. La ha redactado don Manuel Antonio Matta. Su párrafo primero es como sigue:

“*Cuando la opinion se habia manifestado tan espontánea i tan unánime en favor de la idea de erijir una estatua a don Andres Bello—idea que habia entrado con buen éxito en la fase decisiva de su realizacion—la “Academia de Bellas Letras” no podia dejar de tomar parte en ésta, i de tomarla en conformidad con su carácter, sus tendencias i sus recursos.*”

Tal es, copiada al pié de la letra, con fidelísima exactitud, la primera muestra que el libro nos ofrece. ¡Qué desgraciada muestra i qué pobre redaccion! Borren Uds. ese *cuando* con tanta infelicidad empleado i pregunten en seguida al señor Matta si sabe lo que significa la palabra *espontánea*. De seguro que lo ignora: a saberlo, se habria guardado de expresarse así. *Espontánea* dice en buen

castellano “voluntario i de propio movimiento.” ¿Obró por propio i orijinal impulso la opinion pública a que el señor Matta se refiere? Yo no lo sé, i de seguro, no lo sabe tampoco el señor Matta. Lo que hai de cierto es que esa impalpable señora no ha sido consultada sobre la materia, a no ser que quieran darse el nombre de *opinion pública* los admiradores de Bello. ¿Cuándo i cómo la mayoría del pueblo de Chile ha declarado en la prensa, en la tribuna o en los comicios que es favorable a la idea de erijir la mencionada estatua? I aunque esa declaracion existiese, ella no habria sido *espontánea*, sino hecha a influjo de los iniciadores de la idea, lo que por cierto es cosa mui distinta. La opinion pública sabe poco de letras i entre nosotros se la evoca cuando a cualquier audaz se le viene a mientes evocarla. Paciente como un Job es la señora i de su paciencia abusan los que buscan medios de explotarla.

¿Qué es eso de *fase decisiva de su realizacion*? ¡I el señor Matta dirá que es discípulo de Bello! A fé que si lo es, bien poco i nada aprovechó de las lecciones del maestro. Abro el Diccionario i leo que *fase* dice: “Cada una de las diversas apariencias o figuras con que se dejan ver la luna i otros planetas, segun los ilumina el sol.” El señor Matta no ha consultado su cosmografía i ha olvidado su gramática. ¿Con que una idea tiene *fases* i no como se quiera, sino *fases decisivas*? Así se lo contaré al cura.

“La Academia de Bellas Letras no podia dejar de tomar parte en ésta” dice el señor Matta i por mas que he tratado de averiguar a quien mira *ésta*, no lo he conseguido. Mirar puede a *la opinion*, a *la idea*, a *la estatua*, a *la fase decisiva*, a *la realizacion*; pero no mira a ninguna de estas palabras i las mira a todas. Tomar parte en una “opinion pública” es un gazafaton que no cede al que resultaria de decir que se tomaba parte en una “fase decisiva.” ¿Qué ha querido significar el señor Matta? ¡Vamos! Es evidente que los escritos de este caballero necesitan de comentarios. Necesitólos el poema inmortal del Dante. ¿Por qué no habrian de necesitarlos los poemas joco-serios del traductor chileno de Goethe i Schiller? Sólo que el estilo anfibolójico i la literatura de jeroglíficos de este caballero, dando oríjen a interpretaciones frecuentes, podian dar fundamento para que algun pilluelo le recordase que

“....Es cosa impertinente
Que quien escribió ayer, hoy se comente.”

Otra noticia nos comunica el señor Matta i conviene dejar de ella nota. Dice que la Academia debia tomar parte *en ésta*, en conformidad con su carácter, sus tendencias i sus recursos. ¿Cómo ha manifestado esta conformidad? Publicando algo así como un *panfleto* de política militante, una obra de sectario de cuyas páginas se halla proscrito todo escritor que no haya quemado incienso en los altares ruinosos i poco halagadores de cierto libe-

ralismo? Ciertamente, el libro en que me ocupo basta por sí solo, pésimo como es, con sus estolideces i todo, a revelar el carácter de la madre que le echó al mundo. Las tendencias de la Academia las conocíamos todos, mucho ántes de que tuviese lugar el estupendo parto con tanta anticipacion anunciado, i las conocíamos, porque conocíamos a los señores Barros Arana, Amunátegui, Cood, Santa María, Matta, Lastarria, etc. Por lo que a sus recursos toca, hartó miserables deben ser éstos, ya que los señores académicos no han podido darnos nada mejor que la *Suscripcion*, trabajo sin plan, sin método i que mas que una laudatoria o un aplauso, parece una sátira amarga contra la persona en cuyo favor se dice que ha sido escrita.

Véase ahora el segundo párrafo de la Introduccion. Pero ántes de transcribirlo, recomiendo a mis lectores que tomen aliento, que se preparen para un viaje de buzos. Hé aquí ahora el párrafo:

“Asociacion literaria que considera la literatura como la expresion de todos los intereses, todos los sentimientos, todas las opiniones, todos los conocimientos i todos los sistemas de una sociedad i de una época, la “Academia de Bellas Letras” al ver que Chile, por la voz i la cooperacion de todos sus hombres, viejos o jóvenes, i de todos sus grupos políticos, antiguos o modernos, se decidía entusiasta a rendir un homenaje tan merecido como honroso, al ilustre literato—pues mui pocos hai a quienes, mejor que a Bello, pueda, con justicia, darse este hombre en su mas lato i noble significado;—la “Academia de Bellas Letras” quiso llevar su contingente a la ereccion de la estatua del modo i en la única forma que, correspondiendo a su instituto, fuesen dignos del sabio i del poeta que ha dejado tan luminosa huella en la historia de América i la de Chile, i lo fuesen tambien de la atencion de los lectores chilenos i americanos.”

Respiren, respiren Udes: es tiempo ya de reposar. Hemos llegado a un punto, después de mil vericuetos, portezuelos, peñascos i pantanos. ¡Qué irreprochable estilo! ¿Es esto lo primero que se ofrece a la vista del lector en un libro a la memoria de don Andrés Bello dedicado? Protestando con la doctrina i el ejemplo contra el buen gusto literario ¿se pretende ensalzar al literato? Entrando en la jurisdiccion de la gramática como en tierra de moros, hablando jerga en vez del castellano ¿se pretende hacer el elogio de eminente filólogo? ¿Acáso se ha querido hacer mas grande por los contrastes la figura del maestro? ¡Curiosa manera de hacer apoteosis!

Tenemos que los señores académicos consideran a la literatura como la expresion de los sentimientos, opiniones, etc., de una sociedad i de una época. ¿I por qué no ha de ser la expresion de todas las épocas i todas las sociedades? El señor Matta no lo dice; i después de callar sobre este punto, sienta una inexactitud como un cerro. Afirma que por la voz de todos sus hombres i to-

dos sus grupos políticos Chile se decidió a rendir un homenaje al literato. El hecho es profundamente inexacto. ¿Ha consultado la opinion de todos los viejos i todos los jóvenes el señor Matta? ¿Sabe de buen oríjen que *todos*, sin excepcion, apoyan *la idea*? I después ¿qué tienen que hacer los *grupos políticos* de Chile con la estatua dedicada *al ilustre literato*? Esto se llama hablar al ruido de las nueces, como suele decirse. El señor Matta no conoce la opinion de los grupos a que se refiere i hai poderosos motivos para dudar de la veracidad de su aserto. Por el pronto, ocúrreseme observar que muchos miembros notables de la Academia de Bellas Letras brillan en la *Suscripcion* por su ausencia: no han prestado su cooperacion. No está allí el señor Cood, ni han corrido sobre esas pájinas la pluma de artistas, el pincel vigoroso de Orrego Luco ni la pluma elegante i lijera de don Fanor Velazco. No figura allí don Justo Arteaga Alemparte; pero en su lugar aparecen Zubiría, don Demetrio Lastarria, don B. Dávila L., literatos de ocasion. Guarda silencio la musa de Rodriguez Velazco; pero sacude su cabellera la musa, hasta ahora desconocida i muda, del señor Astaburuaga, quien se estrena, como quien nada dice, con un soneto, cuyo mérito se verá después.

Ya el lector habrá observado qué pobreza de estilo i cuántas incorrecciones no hai en el trozo que dejo copiado. Ni las mas elementales reglas de concordancia han sido respetadas. Se diria que, en la primera pájina del libro de la Academia, el señor Matta ha querido mofarse amargamente de las bellezas de nuestro idioma. Si esta ha sido su intencion, preciso será confesar que ha visto realizadas sus esperanzas.

¿Qué es interrogacion directa? El señor Bello lo enseña en su gramática, los niños de escuela lo saben. Consulte a cualquiera de ellos el señor Matta i éste le responderá que las interrogaciones directas son proposiciones independientes. No obstante, el señor Matta ignora tan elementales nociones i en su Introduccion así se expresa: “¿Hasta qué grado *se hayan* realizado propósitos tan variados i fines tan dificultosos?—Atañe decidirlo a a los lectores.” Sepa siquiera el señor Matta que el subjuntivo comun solo puede formar parte de proposiciones subordinadas. Nunca está de mas cumplir con los preceptos de las Obras de Misericordia.

De la última enfermedad del señor Bello habla el señor Murillo. Se dice que es un literato o que pretende serlo. Yo solo sé que escribe i que es miembro de la Academia. De la manera cómo escribe daré muestras i apuntaré defectos en que incurre hasta el caballero que estudia al señor Bello como gramático.

Nos presenta el señor Murillo al señor Bello colocado en su mesa de trabajo, i allí se le veia “*una parte del pecho i de la cara* (¿por qué no toda la cara i todo el pecho? Indudablemente, el

doctor le miraba de soslayo o, como quien dice, por sobre el hombro) *iluminada ésta por el jenio de su intelijencia vivificadora,*” (la intelijencia de Bello, que no la del doctor).—¿*Jenio de intelijencia?* No lo comprendo i venga Dios i véalo.

“*De qué pensáis que se ocupaba en sus delirios?*” pregunta el doctor Murillo; i en seguida contesta: “*De sus trabajos i de la recitacion de los mas hermosos versos de la Ilíada i la Eneida...*”

Este párrafo contiene un defecto de lenguaje que es mui comun entre nosotros, que se repite en muchas páginas de la *Suscripcion* i que por lo mismo no quiero que pase en silencio. Puede que nuestros académicos se corrijan.

El verbo *ocuparse* u *ocupar* rije complementos con la preposicion *en*, no con la preposicion *de*. Debe decirse: “*Fulano se ocupa en tal negocio, nó de tal negocio*. Gómez Hermosilla enseña lo siguiente:

“*De qué se ocupa usted?* me han preguntado algunas veces, i por mas ocupado que estuviese, siempre he respondido: *De nada*, para dar a entender que los españoles nos encupamos *en* una cosa, como en leer, escribir, etc., i no *de* alguna cosa.” (*Arte de hablar, libro III, cap. prim. artículo prim.*)

Esta es tambien la enseñanza de la Real Academia i la práctica constante de los buenos escritores. Vayan en comprobacion los siguientes ejemplos que tengo a mano:

“Allí, en el seno de su familia, gozó algunos dias el descanso debido a tanta ausencia i fatigas, i *se ocupó en arreglar* los negocios de su casa, que se resentian de su falta i *en dar* estado a sus hermanas.” (Quintana.—*El Duque de Alba*.)

“Ahora bien, con razon o sin ella las jentes habian dado en susurrar por Madrid (i cuando decimos *las jentes*, ya se entiende que hablamos de las que *se ocupan* con preferencia *en cosas políticas*),” etc. (Ochoa.—*Los Guerrilleros*.)

“Pasando de estos preámbulos al asunto *en que vamos a ocuparnos*, examinaremos cuál era la situacion política, intelectual i moral de la Europa....” (Alcalá Galiano.—*Historia de la literatura en el siglo XVIII*.)

“Arida materia fué *la en que nos ocupamos* la última leccion i árida por fuerza ha de ser *la en que nos ocuparemos* hoi.” (Alcalá Gadiano.—*Id. ibid.*)

“Yo estimaré que *te ocupes*
En esta investigacion.”

(Hartzenbuch, citado por Cuervo.)

Olvidan completamente lo enseñado por don Andrés Bello en su gramática los que emplean promíscuamente las formas verbales en *ara*, *era*, cuando el uso autorizado reclama otras. El doctor Murillo i otros escritores de la Academia incurren en tanta falta. He de recordarles lo que Bello enseña cuando dice:

“Yo miro este empleo de la forma en *ra* como un arcaismo que

debe evitarse, porque tiende a producir confusion. *Cantara* tiene ya en el lenguaje moderno demasiadas acepciones para que se le añada otra mas. Lo peor es el abuso que se hace de este arcaísmo empleando la forma *cantara* no solo en el sentido de *habia cantado*, sino el de *canté, cantaba i he cantado.*” (*Gramática Castellana*, cap. XXVIII, apéndice, d.)

Bueno será que tengan presente la leccion los señores Murillo, Lastarria, Letelier, Arteaga Alemparte i otros que tanto cariño manifiestan tener por la forma en *ra*.

¿Debe decirse “los señores Amunátegui” o “los señores Amunáteguis”? Del primer modo habla don Domingo Arteaga Alemparte i peca así contra la práctica de los mejores escritores castellanos. ¿Qué concordancia es esa de un adjetivo plural con un sustantivo en singular? ¿Por qué, para ser lójico, no dice tambien *los árbol, las buenas pera, etc.*? Diráse que los nombres propios carecen de plural: el hecho es falso, pero concedo que así sea. Contesto, en seguida, que *Amunátegui* no es nombre propio sino apelativo: el argumento peca, pues, por su base.

“Jamás se dará una explicacion lójica i racional, dice el señor Cuervo, de la construccion *los Guevara*, por ejemplo; la que se ha intentado diciendo que ántes del apellido se sobreentiende *señores* o cosa parecida, disculparia el plural de *los*, pero no bastaria para cohonestar el singular *Guevara*. No falta quien, para aclarar este punto, embuta entre *los* i *Guevara*, una larga cáfila de palabras, diciendo: *los señores o sujetos que tienen por apellido Guevara*: explicacion tan ingeniosa que canoniza disparates como *los árbol=los objetos que tienen por nombre árbol.*” (*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.*)

En el artículo que el señor Arteaga Alemparte al señor Bello dedica, tropiezo todavía con la siguiente frase:

“Indudablemente *debió de comprender* (Bello), que faltaba a sus cantos un auditorio intelijente.”

Peca esta frase contra la práctica de los buenos escritores peninsulares i americanos. Si el señor Arteaga Alemparte hubiese escrito *debió comprender*, (suprimiendo la preposicion o interposicion *de*), habria obrado conforme a un cánon bien conocido del idioma. La construccion sin *de*, implica necesidad, obligacion; con *de*, dice probabilidad, duda. Un Diccionario de sinónimos que tengo a la vista, enseña lo siguiente:

“*Debe ser* afirma que es debido, justo o conveniente que la cosa exista. *Debe de ser* supone que es probable la existencia de una cosa, que por sí misma parecia dudosa o increíble. La primera equivale a *es preciso que sea*, esto es: las circunstancias, la obligacion, la necesidad lo exigen. La segunda equivale a *parece que es así.*”

La misma diferencia debe tenerse presente en todas las construcciones del verbo *deber* con derivados verbales. La *de* del señor Arteaga Alemparte es tanto mas intolerable cuanto que la primera palabra de la frase es el adverbio o submodificativo *indudablemente*. Vayan algunos ejemplos en comprobacion de lo que digo:

“Si el Condestable perdió algun tanto del favor del Monarca por la entereza de su conducta, el duque de Alba *debió ganar* por la docilidad de la suya.” (Quintana.—*Obra citada.*)

“Talvez piense álguien que no *debieran figurar* aquí todas las composiciones incluidas en esta primera seccion del libro.” (Manuel Cañete.)

“Una definicion *debe mostrarnos* el carácter comun de todos los verbos.” (Bello.)

“Los médicos que hablan de *ojos inyectados deben de no haber tropezado* con buenos libros españoles, que si no fuese así, dejarían esa monserga gabacha....” (Cuervo.—*Apuntaciones críticas.*)

“*Por fuerza* habremos de responder que el poder *debe ejercerse* en provecho de la sociedad.” (Rafael María Baralt.—*Revista Española de Ambos Mundos.*—Tomo III, Marzo de 1855.)

Bastan los ejemplos citados. Ojalá contribuyan a corregir un abuso en el lenguaje que se jeneraliza mas i mas entre nosotros.

Llego al artículo titulado *La Gramática de la lengua castellana por el señor don Andrés Bello*. ¿Quién lo firma? El señor don Sandalio Letelier, profesor del Instituto Nacional. Entre el título del artículo i lo que en él se dice, hai una distancia inmensa. Ni se nos hace conocer a Bello ni se nos hace conocer su obra. Todo se reduce a pinceladas poco felices i a vaguedades vulgares. No sabemos mas, después de leerlo, que sabíamos al salir de las aulas, después de estudios mas o ménos superficiales.

Desde luego resalta un defecto de forma en que no incurren sino los reclutas, los bisoños. El autor usa al comienzo de su artículo de la pluralidad ficticia: habla en primera persona de plural: pocas páginas mas adelante olvida esto i habla en primera persona de singular. Por grave que sea esta falta en todo un señor profesor, pequeña parece si se la compara con el párrafo siguiente, que es el segundo del artículo:

“Pero *una innovacion radical i completa* en todo el sistema, *una modificacion* que, afectando el fondo de la enseñanza, se establezca sin dificultad en medio de las opiniones mas variadas, *una via nueva* que se abre i se hace fácil i transitable, apesar de los ataques i emboscadas de los celadores del trillado i antiguo camino de la rutina, *necesita ser* una luz brillante que *arrastre* en pos de sí a las intelijencias, ahuyentando por completo a los buhos de

la antigua escuela i reuniendo en torno suyo (¿en torno de los buhos?) todo lo que hai de progresista en el mundo.”

Et nunc, erudimini.

Los buhos de la antigua escuela se reirán alegremente de ese señor profesor de gramática que, en materias de concordancia, no se sabe de la misa la media. Don Andrés Bello enseña que varios sujetos en singular equivalen a uno en plural. El señor Letelier lo ignoraba i forma esta donosa concordancia: “Una innovacion . . . una modificacion . . . una via nueva que se abre . . . (tres sujetos en singular), *necesita ser*, etc. Mi cocinera habria dicho *necesitan*; pero mi cocinera no entiende de Academias i no escribe para libros de académicos.

¿I qué decir de esa *via que se abre* (¿a sí misma? o es abierta por otro?) i que *necesita ser luz brillante que arrastre*? Esto es nuevo i profundo. Como el Dante, en presencia de bellezas de tal calaña, miro i paso. Eso sí: solicito una corona para la via que se abre, que es luz brillante, que arrastra (por los cabellos) a las inteligencias (¡pobres inteligencias *arrastraas!*) i que reúne en torno suyo (no es nada lo del ojo) ¡todo lo que hai de progresista en el mundo!

Cuando tales dislates se escriben por un profesor del idioma patrio i se publican en un libro de la Academia de Bellas Letras ¿extrañará alguien que yo los haya recojido i envuelto con mi red barredera para ofrecerlos a la condenacion o a las carcajadas de las jetes sensatas?

RÓMULO MANDIOLA.

(*Concluirá.*)

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

LA ESPERANZA.

Lector, la historia que al presente narro
Se parece al tejido de una tela,
Porque es preciso reanudar los hilos
O cortarlos en caso que convenga.

Dijimos al principio de esta historia
Que Ferrol, con don Juan, i doña Elena,
Al sur de Chile se marcharon juntos
Por atender sus pertenencias.

Pues el ricacho suegro de don Diego
Tenia en Concepcion varias haciendas
En manos de individuos que le daban
De tarde en tarde adulteradas cuentas.

Queriendo, pues, sacar mejor provecho
De estas campiñas, por demas extensas,
I por indicaciones de su yerno,
Se fueron a vivir en una de ellas.

Se llamaba este fundo La Esperanza,
I deslindaba al sur con las riberas
Del ancho Biobio que, en tal punto,
Sus claras linfas elegante estrecha.

No léjos de este límite se alzaba,
Del ultra-Biobio en las praderas,
Una gran palizada que servia
De cuartel español en la frontera:

Que tal era el aspecto que tenian,
Por regla jeneral, las fortalezas
Que los conquistadores levantaban
Del límite araucano entre las selvas.

Una balsa segura pero tosca
Del rio hendia la corriente espléndida,
Facilitando el paso a los viajeros
Del fuerte a Concepcion o vice-versa.

Servido estaba entónces este fuerte
Por tropas veteranas i sujetas
A la voz de don Cárlos de Gonzalo,
Valiente militar para la guerra.

Con tan buen militar don Diego Antonio
Hizo estrecha amistad, segun se cuenta,
Llevado segun unos por cariño,
I segun los demas por conveniencia.

Puesto que de esta suerte conseguia
Tenerlo grato i por demas alerta
A los malones que los indios daban
A despecho del fuerte en la frontera.

Dijimos, pues, que el fundo de don Diego
Deslindaba hácia el sur por las riberas
Del majestuoso rio, i, cerca de éste,
Se elevaban las casas de la hacienda.

Las referidas casas el aspecto
De un convento tenian, i eran hechas
De gruesos paredones coronados
Por gruesos tijerales i por tejas.

Aunque era el edificio un poco bajo,
Desde él se columbraban las estrechas
Palizadas del fuerte, i a lo léjos
Bosques floridos i llanuras bellas.

Gracias esto, lector, a estar las casas,
Como el fuerte español, en prominencias
Alfombradas del árbol cuyo jugo
Baco adoró con la pasión mas ciega.

Por lo demás, bien poco de notable
Presentaban la casa de la hacienda,
Compuesta en su total de veinte cuartos,
Un patio colosal i una arboleda.

A uno i otro lado, i a lo largo
Del vetusto edificio, se presentan
Dos anchos corredores apoyados
En torneados pilares de madera.

Reemplazaba la cal a los papeles
En todas las murallas de las piezas,
I en la sala mejor, ennegrecidas
Se veían las vigas descubiertas.

En los meses de agosto i de setiembre,
Los zorzales, los tordos i las tencas,
Llegaban a las casas, atraídas
Por el fragante olor de uvas en cuelga

Con que estaban del todo tapizadas
De los dos corredores las soleras,
Figurando además sobre las vigas
El membrillo, la lúcuma i la pera.

También formaban parte de las casas
Anchas bodegas de licor repletas,
Que unidas a un granero se elevaban
Del cañon principal hácia la izquierda.

Puertas bajas i toscas daban paso
Del patio principal a la arboleda,
En la cual un parron se recostaba
En horcones de sólida firmeza.

Al pié de cada parra se veía
Una mata de rosa o una hortensia,
De cuyas flores en redor jiraban
La mariposa i zumbadora abeja.

Eran adorno del extenso patio
Unos naranjos, cuya fruta espléndida
Como dorados globos se veían
Entre el follaje de las hojas bellas.

Este era mas o ménos el aspecto
Que tenian las casas de la hacienda,
I en las que residia con su esposo
I su querido padre doña Elena.

Dijimos hace poco que don Diego
Tenia relaciones mui estrechas
De sincera amistad con el que hacia
De jefe en la vecina fortaleza.

I por esa razon lo visitaba
I le enviaba regalos con frecuencia,
Regalos i visitas que pagaba
Don Cárlos de Gonzalo con presteza.

Corria el año de ochocientos siete,
I de noviembre tres era la fecha,
Cuando don Diego recibió una carta
Que decia, lector, de esta manera:

“Fuerte de San Miguel.— Querido Diego:
Mañana cuatro con placer espera
Un pobre militar a sus amigos,
I aguardo vengas con tu dulce Elena.

Que es mui grato, Ferrol, en compañía
De las buenas personas que se aprecian,
Pasar el dia que al mortal anuncia
Un año ménos de congoja i pena.”

I firmaba la carta don Gonzalo.
Mas luego que Ferrol se impuso de ella,
Que aceptaba gustoso su convite
Ordenó al portador que le dijera.

I al instante mandó que se alistaran
Dos corceles de espléndida belleza
Para el siguiente dia, pues pensaba
Emprender el paseo con la fresca.

EL PASEO.

Con rojos
Encajes
De bellos
Cambiantes,
Del sol
Adorable
Los rayos
Coronan
Del Ande

Las cimas
Jigantes,
I en la brisa
Que afanosa
Va i resbala
Por do quier,
La festiva
Mariposa
Tiende el ala
Con placer.

Con mil gotas
De rocío
Baña el rio
En el verjel
A las flores
Que se mecen,
I que crecen
Cerca de él.

Léjos, léjos
Del mullido
Dulce nido
Va a buscar
La avecita
Fiel sustento,
Dando al viento
Su cantar.

Besa el aura
Cariñosa
A la rosa
Mas jentil,
I al tocarla
Va i se pierde
Bajo el verde
Toronjil.

Todo es bello:
Por oriente
Refuljente
Nace el sol.
Luce el ave
Por el prado
Su variado
Tornasol.

Seguidos de un guapo mozo
Salieron Elena i Diego,
Cuando con su luz de fuego
Apénas rayaba el sol;
I sin que nada notable
Aconteciera en el viaje,
Llegaron amos i paje
Al cuartel del español.

Allí salió a recibirlos
Don Cárlos en el instante,
Expresando en su semblante
Los grados de su placer.
I despues de festejarlos
Tal como ellos merecian,
Les propuso si querian
Nuevos campos conocer.

Aceptada la propuesta
Llamó a un soldado i le dijo
Que con esmero prolijo
Ensillara un buen corcel,
I que el caballo de Elena
Lo reemplazara por otro,
Esto es por un negro potro
Que "Lautaro" llamaba él.

Al abrigar esta idea,
Tuvo en vista don Gonzalo
Hacer un lindo regalo
A la esposa de Ferrol,
Pues segun era el Lautaro
De suave, vivo i airoso,
Lo juzgaba el mas hermoso
De cuantos alumbra el sol.

Era este potro nacido
En los bosques araucanos,
I domado por las manos
De un gran cacique, i al cual,
En un reñido combate,
Los cristianos dieron muerte,
Variando, pues, de esta suerte
De dueño el bello animal.

ROSENDO CARRASCO.

(Continuará.)